

Introducción

Artistas de nuestra propia vida

Todos estamos llamados a ser artistas de nuestra propia vida. Prueba de ello es que no hay dolor superior al que acompaña a la conciencia de no haberlo sido, de no haber vivido en toda la hondura de esta palabra, de no haber movilizad nuestras más propias y profundas posibilidades.

Las grandes tradiciones de sabiduría son unánimes al recordarnos que poseemos un potencial magnífico del que con frecuencia estamos desconectados o que ni siquiera sospechamos. Estamos dormidos a nuestro verdadero ser cuando permanecemos confinados en las estrechas fronteras de lo conocido, en el circuito cerrado en el que nos mantienen nuestras limitadas concepciones sobre nosotros y sobre la realidad. Extraños para nosotros mismos, viviendo solo una parte ínfima de lo que somos, sin haber recorrido nuestras cimas y nuestros abismos, sin haber vislumbrado nuestro auténtico ser y su grandeza, nos enajenamos igualmente del contacto pleno con los demás y con la totalidad de la vida. Abandonar este confinamiento

de nuestra mente y de nuestras pequeñas vidas es uno de los objetivos de la filosofía sapiencial.

La genuina filosofía no es un asunto libresco. Es la aventura más vivificante, comprometida y radical. Espoleada por la pasión de ver, de comprender, y por la intuición de que estamos llamados a un estado de conciencia mucho más despierto y pleno del que normalmente vivimos, cuando nos embarcamos en ella, ya no hay camino de retorno.

Este viaje no concierne solo a un sector de nuestra vida. La compromete por entero. En efecto, las enseñanzas sapienciales han entendido que la tarea filosófica tiene un prerequisite: la voluntad de ser profundamente transformados. La disposición a abrirnos a la verdad de las cosas es indisociable de la disposición a abrirnos a la verdad sobre nosotros mismos. Permanecer siempre receptivos, en todos los asuntos, a una visión más amplia e integradora solo es posible si estamos dispuestos a cuestionar lo que hemos pensado hasta el momento, a dejar a un lado nuestros intereses particulares, a ver las cosas tal como son sin maquillarlas a nuestra conveniencia, a abandonar ilusiones acerca de las cosas y de quiénes somos –pretensiones, imposturas, engaños, máscaras, defensas...–, a alcanzar la máxima desnudez ante uno mismo, ante la vida y ante los demás.

Cuando esta pasión despierta –decíamos–, ya no desaparece. Ciertamente, nada vuelve a ser igual. Este compromiso, de hecho, pondrá nuestro pequeño mundo patas arriba. Si perseveramos en él, quizá nos conduzca hasta un vacío de lo que creíamos seguro y estable. Mas en este vacío vibrante, en este

silencio de todas nuestras ficticias certezas, comenzaremos a sentirnos, quizá por primera vez en nuestra vida adulta, inusualmente lúcidos, presentes y vivos. Encontraremos respuestas, sí (no es cierto que la filosofía solo concierna a las preguntas; concierte también a los hallazgos más significativos). Pero no serán ya respuestas teóricas, pues nuestras preguntas más radicales nunca se responden en el plano del pensamiento; serán un *estado de ser*. Comprendemos, entonces, que precisamente en este estado de ser y en esta desnudez lúcida radica la vida filosófica. Que un filósofo no es alguien revestido de argumentos e ideas, sino quien persevera en una vulnerabilidad despierta que nos regala a manos llenas el reverso vibrante y real de las pseudoseguridades y pseudorrespuestas que previamente atesorábamos.

La naturaleza del conocimiento filosófico

La filosofía deja de ser vida filosófica, deja de ser sapiencial, cuando se concibe eminentemente como una tarea intelectual o cerebral.

Aunque suela pasar desapercibido, esta última concepción de la filosofía es connivente con nuestra pereza y superficialidad. Buscamos comprensiones sin estar dispuestos a pasar por el proceso transformador que las alumbró. Ponemos etiquetas que confundimos con el verdadero conocimiento de las cosas. Las palabras, sin más, sustituyen a la experiencia. De este

modo, mantenemos a raya la verdad interna y sentida de lo que estamos nombrando. Esta deformación, por la que creemos conocer sin conocer realmente y por la que no permitimos que la realidad nos toque y nos transforme, es característica de nuestra época y de cierta deriva de la actividad filosófica.

Manejar ideas, palabras y argumentos no equivale a encarnar comprensiones vivas. Especular sobre algo no equivale a descubrir, ver y sentir desde dentro ese algo. Tener conocimientos no modifica necesariamente nuestro nivel de conciencia. El conocimiento filosófico es inoperativo en la medida en que pertenece a la modalidad del *tener* y no del *ser*. Todos hemos experimentado lo que es un conocimiento inoperativo; por ejemplo, cuando decimos saber que algo no nos conviene, pero no por ello lo abandonamos. «Eso ya lo sé», expresamos movidos por la pereza. «Ya lo sé» significa que esas ideas no nos resultan nuevas, que incluso las podríamos articular con elocuencia. Ahora bien, eso que decimos saber, ¿lo vivimos? Si no lo vivimos, realmente no lo conocemos.

Cuando las tradiciones sapienciales hablan de conocimiento, no coinciden, por lo tanto, con lo que con frecuencia solemos entender por este término. Hablan de conciencia plena; de una comprensión integral que empapa todo nuestro ser; de una visión espontánea y repentina que nos transforma y que solo se nos regala a través del compromiso sin reservas con la verdad. Esta divergencia entre el alcance sapiencial del conocimiento filosófico y lo que hoy en día solemos entender por este último es la que lleva a decir a Peter Kingsley:

«El lector pensará que ya sabe a qué me refiero cuando hablo de filosofía, pero es poco probable que así sea. Se han dedicado siglos a destruir la verdad de lo que fue en otros tiempos. Ahora solo vemos aquello en lo que se ha convertido la filosofía, pero no sospechamos lo que ya no es».

PETER KINGSLEY. *En los oscuros lugares del saber*

La filosofía sapiencial

A esta «verdad de lo que fue en otros tiempos» la filosofía he querido apuntar con la expresión *filosofía sapiencial*, que es la filosofía que nos va a ocupar en estas páginas: la filosofía como arte de ser y práctica de sabiduría; la filosofía que aspira a despertarnos y aporta claves prácticas para este fin, y que solo es realmente comprendida tras esta transformación, y no antes.

Encontramos genuina filosofía sapiencial en todos los tiempos y en todas las culturas. En Occidente, si bien estuvo particularmente presente en la filosofía antigua grecorromana, nunca ha dejado de estarlo, por más que el viraje academicista de la filosofía desde el medievo hasta el presente haya tendido a eclipsar su dimensión sapiencial. Las principales tradiciones de pensamiento radical de Oriente nunca han dejado de ser sapienciales en su esencia.

Es una particularidad de estas enseñanzas su capacidad para trascender el tiempo y el lugar que las vio nacer. Por ello resultan extremadamente elocuentes para el individuo de hoy.

Más allá de sus mutuas divergencias, de los ropajes temporales, de sus elementos míticos y culturalmente condicionados, existe entre ellas una sorprendente resonancia en lo esencial, tanto en sus intuiciones centrales como en las claves operativas que han propuesto para el logro de los fines superiores de la vida humana. De esta filosofía afirmó Karl Jaspers:

«Hay filosofía desde hace dos mil quinientos años en Occidente, en China y en India. Una gran tradición nos dirige la palabra. La multiformidad de la filosofía, las contradicciones y las sentencias con pretensiones de verdad pero mutuamente excluyentes, no pueden impedir que en el fondo opere una Unidad que nadie posee pero en torno a la cual giran en todo tiempo todos los esfuerzos serios: la filosofía una y eterna, la *philosophia perennis*. A este fondo histórico de nuestro pensamiento nos encontramos remitidos, si queremos pensar esencialmente y con la conciencia más clara posible».

KARL JASPERS

La filosofía desde el punto de vista de la existencia

Las enseñanzas y prácticas de las filosofías sapienciales de Oriente y Occidente relativas al arte de ser son intemporales, tan actuales hoy como ayer. Lamentablemente, lo que estas tradiciones han considerado objetivos prioritarios en la formación del ser humano son la gran asignatura pendiente de nuestro sistema educativo y de nuestra civilización. Es urgente actualizar esas enseñanzas eternas, pues ¿de qué nos sirven los

conocimientos especializados y el logro de todo aquello que nuestra sociedad considera símbolos externos de realización y de éxito si carecemos de paz interior; si nos hemos tornado neuróticos; si desconocemos cuál es el sentido de nuestra existencia y qué anhela lo mejor de nosotros; si vivimos fustigados por nuestros propios pensamientos; si nos vemos arrastrados por emociones e impulsos que nos conducen a donde no queremos ir; si no sabemos comunicarnos productivamente con quienes amamos ni abrirnos a la intimidad profunda que anhelamos; si no sabemos amar; si hace tiempo que nos hemos estancado interiormente y nos sentimos vacíos; si nos acosan sentimientos crónicos de falta de significado, aislamiento, ansiedad o soledad; si necesitamos psicofármacos para funcionar; si transitamos de excitación en excitación, pero desconocemos el sabor de la verdadera alegría; si hemos perdido la capacidad de contemplar y no sabemos aquietarnos y hallar contento, sustento e inspiración en esa quietud; si tenemos miedo a mirar dentro de nosotros; si no somos nuestro mejor amigo; si tememos vivir y tememos morir; si hemos alcanzado una satisfacción mediocre, pero carente de plenitud real...?

Sobre este libro

Este libro busca iniciar de forma práctica en la tarea del autoconocimiento filosófico, así como en el arte por excelencia, el de llegar a ser lo que realmente somos. Busca, además, dar

a conocer la descrita concepción originaria de la filosofía, pues, en las distintas reflexiones que lo componen, entra en diálogo con algunas de las intuiciones más inspiradoras de las enseñanzas sapienciales de Oriente y Occidente intentando ilustrar su potencial para iluminar nuestra vida concreta, para transformar nuestra vida cotidiana.

La lectura de este libro no requiere conocimientos formales de filosofía. Sócrates filosofaba por igual con sus discípulos, con las figuras destacadas de la sociedad ateniense, con los artesanos y las verduleras del mercado, con los esclavos..., y con todos ellos alcanzaba las mismas verdades profundas. En mis actividades filosóficas siempre he invitado a superar el temor y la distancia que muchas personas experimentan frente a la filosofía. La filosofía es exigente, sí, y no la respetamos si minimizamos esta exigencia; pero es asimismo accesible a todo aquel que esté comprometido con radicalidad con ser el artista de su propia vida. De hecho, y como me confirma mi experiencia en el acompañamiento filosófico, quienes más lejos llegan en este camino no son necesariamente quienes de entrada poseían más conocimientos técnicos de filosofía, sino quienes se han abierto a esta última con más entrega, sinceridad y seriedad.

Creo que todos tenemos el deber de compartir aquello que nos ha dado luz, que ha contribuido a aminorar nuestro sufrimiento evitable, que nos ha inspirado, que nos ha ayudado a vivir. Estas páginas surgen de este impulso: el de compartir algunas de las comprensiones que me han resultado útiles y que

también lo han sido para los compañeros con los que he establecido diálogos filosóficos durante años. Por cierto, durante estos intercambios he escuchado reiteradamente este comentario cuando contemplábamos alguna intuición sapiencial: «Eso ya lo sabía, pero no sabía que lo sabía», o: «Lo sabía de modo latente, pero nunca lo había articulado de este modo». Estas palabras, que yo también he pensado o proferido en muchas ocasiones, me confirman que, en las cuestiones esenciales, nadie enseña nada a nadie; que la tarea filosófica consiste solo en dar a luz lo que todos ya sabemos en el fondo de nosotros mismos; que el saber filosófico –en expresión de Sócrates– no es más que *recordar*.

Este libro toma como punto de partida los talleres de filosofía sapiencial que impartí entre los años 2007 y 2009. Otros trabajos sacarán a la luz el contenido de talleres posteriores. Quiero expresar mi gratitud a los amigos que me acompañaron y me inspiraron con su dedicación, receptividad y lucidez por aquel entonces, y con los que compartí momentos tan entrañables y enriquecedores. Y también a los muchos amigos que me han acompañado a lo largo de todos estos años en mis consultas y talleres, y de los que tanto he aprendido. Todos ellos me han hecho, y me siguen haciendo, el regalo de poder contemplar al ser humano en su expresión más bella y conmovedora: en su vulnerabilidad comprometida y despierta.